

Cosquillas

Núm. 1



El carnaval, con su risa encantadoramente loca.

15 Cént.

y Pellizcos

SALUDO

COSQUILLAS Y PELLIZCOS, como lo indica su nombre, comienza declarándose enemigo mortal de toda clase de misantropías, y acto seguido hace al público y á la prensa una profundísima zalema.

No ofrece programa porque tenemos olvidada, de puro sabida, la costumbre que hay de no cumplir lo que se promete, y preferimos que se nos juzgue por nuestra labor.

Nos prometemos alegrar con nuestras cosquillas y escatimar los pellizcos; éstos nunca serán enconados ni crueles, sino como pudieran darlos la mano más nacarina ó la más aterciopelada de las zarpas.

Con esto y con tributar á la galantería el homenaje más rendido, comenzando porque nuestras cosquillas sean caricias y nuestros pellizcos picotazos de pájaro en celo, habremos llenado nuestra misión.

Obras son amores y... no va más.

El desquite

No tuve otro remedio que ir á ver á aquel señor, para cumplir el encargo que unos amigos de Guadalajara me hacían con verdadera urgencia. Se llamaba don Aniceto Rufinez y vivía en la calle de Castellón, allá donde Cristo dió las tres voces, según expresión popularísima.

Después de combinar, desde mi casa, cuatro ó cinco tranvías, llegué á aquel confin de Madrid, lindante ya con la Guindalera.

Era piso tercero ¡además! y emprendí la ascensión pasando por el *entresuelo*, el *primero*, el *principal*, etc... ¡Dioscientos y pico de escalones!

La misión que yo llevaba cerca de aquel señor, y por encargo de mis amigos, era bastante delicada: cuestión de intereses; un pleito donde se ventilaban bastantes miles de duros sólo por tesón del tal don Aniceto, que era más tozudo que todos los aragoneses juntos.

Yo había de plantear, con la mayor diplomacia posible, una transacción honrosa que pusiese término á aquellas diferencias ridículas, en virtud de las cuales ambas partes litigantes venían derrochando tantamente un dinero precioso, con gran contentamiento de toda la curia de Guadalajara.

Con esto quiero decir que necesitaba, á todo trance, ver á don Aniceto. Este señor vivía solo, según la portera me dijo.

Llamé á la puerta de su cuarto, y al poco rato, ví que me observaban por la mirilla y que una voz bastante ruda, decía:

—¡Va!

Aguardé, creyendo que no tardarían en abrirme. Pero transcurrieron más de cinco minutos.

Cinco minutos en la vía de un pueblo ó en la de una generación, es una cantidad de tiempo infinitesimal; pero cinco minutos en el descansillo de una escalera y ante la puerta de un cuarto, son cinco siglos mal contados.

Me decidí á llamar nuevamente. La misma voz, desde dentro:

—¡Va!

No cabía duda que don Aniceto estaba en casa. Seguramente le había sorprendido al salir de la cama y el tal señor estaría haciéndose la *toilette* y preparándose dignamente para recibirme. ¡Paciencia!

Volvió á transcurrir otro lapso de tiempo idén-

tico. Yo seguía desesperándome; ya cada minuto me parecía una eternidad, y á trueque de resultar grosero, tiré de la campanilla repetidas veces y con bastante energía.

La voz ruda volvió á contestarme desde el interior:

—He dicho que *va*, ¡Va enseguida!

¿Qué hacer?

No podía irme, porque me constaba que la persona á quien yo quería ver estaba allí, y esperar era también un suplicio.

¡Así pasó un cuarto de hora!

Llamé con el bastón, con los nudillos; con los pies, de todas maneras, hasta que, transcurridos justos los quince minutos, se abrió la puerta y me recibió el tal don Aniceto.

—Ahora ya pue de usted pasar.

—Caballero, á nadie se tiene un cuarto de hora esperando de esta manera.

—Tiene razón, y quería que usted mismo se convenciese de ello.

—No sé qué quiere usted decir.

—¿No es usted asiduo del café de Levante?

—Sí, señor.

—Le conozco á usted de verle allí; y hace dos semanas me tuvo usted ese mismo tiempo á la puerta del retrete. Ahora ya estamos en paz.

Excuso decir á ustedes que, con un hombre de este carácter, no hubo medio de llegar á la transacción apetecida.



DON LUIS



o trato de hacer cosquillas á los lectores urgándoles en las plantas de los pies con una pluma de ave para que se rían, ni pretendo posar mis manos aleves sobre las carnes ebúrneas de mis lectoras, no por falta de voluntad, sino porque me consta que no me lo habían de permitir. Lo de *cosquilleo* obedece á la consecuencia de justificar el título de esta revista, que viene á llenar un vacío, y al propósito, pobre, pero honrado, de disipar de la mente del lector las tinieblas que la envuelven.

Los tiempos son de prueba; el horizonte aparece oscuro y con pintas; el problema de las subsistencias aparece cada día más insoluble, y la juventud intelectual, con la nariz destilante, pringosa y los ojos arrasados en llanto, anda por esos periódicos de Dios vertiendo amargura... ¿Por qué está triste la juventud? ¿Es que no ama? ¿Y por qué no ama la juventud?

*
* *

Mientras el poeta triste sepulta la frente entre ambas manos y medita una composición *disentérica*, abundosa en galicismos, titilante de dolor y descoyuntamiento, los que no somos intelectuales definitivos corremos en pos de los placeres que nos brinda el Carnaval

Viejos y todo, no hemos renunciado todavía á los bailes de máscaras con sus bulliciosas chulas, sus alegres babés y sus turbulentas estudiantinas.

Los bailes de la Asociación de Escritores, los del Círculo de Bellas Artes, Centro Gallego y los que se celebran en el Lírico, llámense de modistas ó de patronas atolondradas —pues de todo hay,—encierran encantos desconocidos para los poetas *glaucos*.

—Ursulo—dice la mamá dirigiéndose al poeta:—¿por qué no vas al baile? ¿No eres joven? ¿No eres bello?

—¡El baile!—contesta él.—¿Qué es un baile? Manada de imbéciles que se aptan en espasmos de atronante infecundidad. Madre; yo soy un cataléptico del intelectualismo.

—¿Y eso qué es?

—Yo asisto, con apariencias de puerta, al festín nauseabundo de la vida.

—¿Vas á cenar hoy?

—No ceno.

—¿Quieres probar el bacalao frito?

—Nunca. ¡Antes me dejaría atravesar el pecho con un estilete impregnado de cianuro!

Mientras el poeta sufre en el rincón de su hogar, sin querer cortarse un callo que le

ha salido en el dedo pequeño por no dedicarse á esta baja tarea, la juventud perteneciente al ramo no intelectual, baila que se las pela y enloquece con sus palabras de miel á la dulce Nicanora ó á la sensible Paca ó á la ardorosa Aquilina.



—¿Quieres que pasemos al ambigú?—pregunta el joven seductor tirándole un pellizco disimuladamente á su pareja.

—Pasaré, Isidoro, pero no abuses, y baja la mano.

—¿Abusar? ¿Por quién me has tomado? Soy de muy buena familia. García Alix y mi papá, como hermanos.

La pareja se dirige al ambigú.

—¿Qué vas á tomar?—pregunta él rozando con su boca el pabellón de la oreja de la mascarita.—¿Quieres un pastel, una ración de dulce de cabello, un paquetito de bombones?

—Que me saquen un bisté—contesta ella limpiándose el sudor de la frente con el forro del antifaz.

El joven satisface el delicado capricho de su pareja, y apoyando la mano en el muslo de la misma, exclama con acento impregnado de pasión:

—¡Ay, Nicanora! Me tienes loco.

—Paco, no aprietes.

No son las mamás las que menos disfrutan de los bailes, y en esto tampoco se parecen á la juventud poética de hoy.

Hay mamá que se olvida en el baile de vigilar á su retoño y acepta el brazo que le ofrece un joven desconocido y calavera.

—Mascarita—le dice éste,—quítate el antifaz.

—No lo pretendas—responde ella.

—Quiero ver esa cara de cielo.

—No es posible.

—Pues permítame, ahora que no nos ve nadie, que imprima un beso en la parte de atrás del pescuezo.

—No seas atrevido, joven.

Y haciendo un gesto de timidez comprimida, baja los ojos, como mirando á los antípodas, y trata de ocultar su rostro, para evitar las tentaciones del atrevido seductor.

Pero éste, que es audaz, acerca la boca al cogote de la interesada, y besa con frenesí; después dice:

—¡Caramba! Esta mujer huele á cerato.

Sí, sí, á cerato simple; y es que la infeliz tiene hace tiempo un grano de mala índole en la parte de atrás, conforme se baja, á la derecha...

El Carnaval ofrece á la juventud muchos y muy variados placeres; pero también da unos petardos...



LUIS TABOADA

Preparándose para el baile



—¿Y qué haría yo para que no me conocieran, Pequito?
—Ponerte otro antifaz en la barriga.



Las mujeres de París

Este es más que un plural femenino: es el infinito de la pluralidad y la quinta esencia de la ufemeiridad. Así, tratar de definirlo sería locura. ¿Quién define lo que es ritmo y aroma, locura y fe, línea y tragedia, lo que lo es todo en contrastes, en ondulaciones, en enigmas? Lo único posible es contemplarlas. Pero no en la calle, no. La parisiense en la calle no es sino la más elegante mujer del mundo. Más bien en la literatura... O más bien en la pintura... Sí; eso es, en la pintura ligera, en los carteles de sus Triepolas frisoslos, en los lienzos de sus Watteaux, siglo xx, entre el frou-frou luminoso de los colores.

He aquí, para principiar, á las mujeres del gran Cheret. En las creaciones de este maestro maravilloso, las más diabólicas bellezas sonriendo con labios sangrientos y voraces. ¡Oh, las cherettes! Son las ninfas de esta gran ciudad, ninfas diabólicamente aladas. Son la parisiense. En sus esbelteces hay algo de pagano y algo de funambulesco.

Es la «flor de pluma» y el «ramillete con alas» del gran poeta. Es la que se embarca, siempre con rumbo á Citerea, en efimeras galeras. Su única misión sobre la tierra es el amor frágil, el amor lujoso, el amor entre camelias, el amor ebrio de Champaña. No le pidáis nada más. ¿Sacrificios? El más grande que puede hacer, un día de locura sentimental, es renunciar á ponerse su collar de perlas y salir á pie de vuestro brazo, cual una griseta. Y esto es ya mucho. *La plus belle fille du monde ne peut donner que ce qu'elle a.*

Otras son peores. La parisiense de Bac, por ejemplo, tiene más crueldad en el alma y menos locura en las actitudes. Ya no hace piruetas, ni se pierde entre nubes de color, ni lo sacrifica todo á la fiesta lujosa. Es más inteligente y menos bella. Su seducción está en la mirada, en la sonrisa, en la palabra. Los franceses dicen que «no es bonita, pero es peor». El hombre que cae entre sus garras de nacar, puede considerarse como perdido. Bajar al maelstrom es menos peligroso que dejarse caer entre los torbellinos de su volup-tuosidad felina.

Es la devoradora profesional de corazones tiernos. Es la voráGINE, inconsciente cual un elemento, implacable cual un principio, sutil como un aroma. La llaman parisiense, porque tiene de París las elegancias exteriores; pero, en realidad, no es de aquí más que de allá. Cosmopolita en el fondo, es una planta de gran capital, de ciudad rica. En Nueva-York, en Londres, en Buenos Aires, en Viena, en Milán, en Barcelona, en Niza, en Monte-Carlo, en cualquier lugar donde haya oro y hombre, surge maldita y divina.

La parisiense de Guillaume es hermana suya, es su hermana bonita. Vedla. Envuelta

en cintas, encajes, collares, brazaletes y plumas, parece una muñeca. Lo parece y lo es. Es la muñeca voluptuosa para que jueguen con ella los hombres. Como artista de su propia personita, nadie la aventaja. Su cabellera le sirve para hacerse, según la frase mallarmeana, «un casco perfumado». Sus ojos son un idioma de perversidades y dicen (con candidez) lo que los labios no pueden articular.

La parisiense de Willette se llama Colombina. Es una chiquilla rosada, risueña, ligera, menuda, mitad flor, mitad fruto, redonda, vaporosa, infantil, ingenua, atrayente; pero con algo en las comisuras de los labios, que hace á veces pensar en el alma eterna de Salomé. Tiene mucho de endiablado, sin tener nada de diabólico. Sus cabellos son rubios. Su boca, grande, fresca y glotona, deja ver al reír las dos hileras simétricas de dientecillos de lobo. Es pequeñita cual una de aquellas figuritas de Sajonia que nuestras abuelas ponían en la rinconera de la sala, junto al dragón de porcelana de la China.

Es pequeñita, sí; pero no es frágil. Lo que en apariencia es *biscuit*, en realidad es mármol. Su cuerpo y su rostro están llenos de agujerillos que sonríen en sus mejillas.

La parisiense de Forain—la de antaño, pues la de hogaño es simbólica y caricaturesca—es la burguesita algo pedante que, después de soñar en matrimonios principescos, se ve obligada á casarse con un oficinista maduro. Su vida le parece la peor de las galeras. ¡Tener que cuidar de la casa! ¡Verse obligada á pensar en el puchero! Y ella, que en el convento, durante los años de su adolescencia, preparó su propia alma para no experimentar más tarde sino sensaciones muy nobles, muy artísticas, muy refinadas. Lo único que la consuela es la lectura. Las novelas de folletín permítenla olvidar su condición. Cabalgando al lado de blancos Lohengrines por el espacio ideal de la imaginación, logra escaparse de su «quinto piso», salir de sus trajecillos de lana, huir su gran vacío sensitivo.

La parisiense de Steinlen, es el polo opuesto. Es la obrera de los barrios bajos, la que «cose en máquina», la pobre planchadora que recorre los bulevares exteriores plegándose bajo el peso de la cesta de ropa mojada, la humilde chica de la gran ciudad de trabajo, la flor tísica, la lamentable belleza de hospital que Baudelaire no quiso celebrar en sus canciones. Entre ella y los tipos consagrados del feminismo parisiense, hay abismos infranqueables. No es la muchacha de las novelas bohemias, que canta en su buhardilla mientras el poeta vecino le dirige madrigales ..

E. GÓMEZ CARRILLO





Concurso modernista.

En uno de esos hoteles que Méndes nos ha descrito, del placer dorados templos, y del amor dulces nidos, palacios de las bellezas de que la moda hace ídolos, una *estrella* de gran tono dió una comida á sus íntimos, entre los que figuraban lo selecto y escogido de conciertos, *vaudevilles*, *demi-mondaines*... Peregrino fué el pensamiento que tuvo la hermosa *estrella*, pues quiso

que se le otorgase un premio á los senos femeninos que mostraran más perfecta la belleza de sus ninbos. Aceptado lo propuesto y el concurso establecido, las hermosas comensales desabrochan sus vestidos, de los corsés se desprenden, al aire dan sus hechizos y el comedor se convierte en museo curiosísimo. Huelga decir que abundaban allí los senos bellísimos,

que hicieran al placer loco y á la locura delirio. No obstante, unánimemente se otorgó el premio ofrecido á las dos níveas parejas, que en su seno alabastrino ostentaban Blanche P... y Lucette de L.. ¡Dios mío! ¡Vaya unas fuentes de vida que tendrán esos diablillos! fuentes, que al menos sediento bebednos, dirán á gritos, y capaces de calmar la sed á Tántalo mismo.

* *

Ir por lana...

Carolina H... es una célebre y deliciosa artista de café-concierto, que ha sorbido el seso á medio París y comienza á preocupar al otro medio, un tantico cansado de la monotonía de la guerra ruso-japonesa, y que, á falta de otra ocupación más seria, se dedica á buscar un puesto vergonzante en las tertulias íntimas, que se celebran dos veces por semana, en el precioso hotel de esta *divette*, del género ínfimo.

En esas tertulias se habla, como es natural; se ama aún más naturalmente; se bebe y se juega para pasar el rato y sin la menor intención, por parte de la dueña de la casa, á lo menos, de hacer un daño grave en los bolsillos de los contertulios.

Pero Carolina H... propone, y el *baccarat* y el treinta y cuarenta disponen.

En efecto: no hace muchas noches, el empresario de uno de los teatros más nombrados de la gran ciudad, acudió, como de costumbre, á la tertulia, y, como de costumbre también, tomó parte en la honesta diversión de perseguir el nueve.

Llevaba el tal empresario en la cartera unos cuantos billetes de mil francos, importe de la nómina que debía de pagar al día siguiente al personal de su teatro, y ocurrió que el dinero destinado para tan laudables fines, se quedó en la mesa de juego hasta el último céntimo.

Como desquite de artista á empresario, no está del todo mal, pero falta conocer la opinión de los otros artistas que vieron defraudadas sus esperanzas de cobro.

Vermouht español.

«Souple, nerveuse, pleine de grace capiteuse, le jolie Pepita Aragón, est une danseuse ideale.

»Ses jambes impeccables de lignes, virevoltent et papillonnent avec una légèreté ailée. Son torse se renverse avec une langueur voluptueuse, et d'un coup de rein puissant se relève soudain, tandis que les seins pointent et palpitent dans le corsage décolleté...»

Como se ve, mienten los que afirman que no se nos hace justicia allende los Pirineos, y para que no quede lugar á duda, copio literalmente lo que antecede de una importante revista parisién, en la que se prodiga, hasta el derroche, los elogios á uno de nuestros productos nacionales, presentado en forma de *vermouht* que deja al *torino* á la altura de un sótano.

Pepita Aragón (creo que no se puede ser más español, al menos por el nombre), es una bailarina ideal, con pantorrillas impecables (yo creo todo lo contrario), que se agitan y revolotean con alada ligereza. Su busto, á más de esto, cimbréase con voluptuosa languidez, y sus senos tiemblan y palpitan en el escotado corsé.

Si con este *vermouht* español, con etiqueta francesa, no se os abre el apetito, debéis consultar á Sainz de Carlos.

*
**



¡Sed discretos!

y es preciso que la lleven
á lugar donde detengan
la mucha sangre que pierde,
y devuelvan á la vida
la que cadáver parece.
Y hecho esto, cuando desnudan
el precioso cuerpo inerte,
se encuentran con que, los senos
que pusieron en un brete
á más de un doncel sensible,
son de couchouc excelente,
divinamente imitados;
pero, los hombres prefieren
á lo divino lo humano,
cuando á senos se refiere.
Si el profesional secreto
no guardan los quince ó veinte
testigos de la ocurrencia,
¡pobre Lily! me parece
que la clientela te huye
y amor la espalda te vuelve.
¡Sed discretos con mignonne!
¡que no caiga para siempre!

LOVELACE

Al poner á esta sección de epígrafe el título del último libro publicado por Gómez Carrillo, hemos hecho lo que aconseja Alfredo de Musset: tomar lo bello donde quiera que se encuentre; este elegante epígrafe, que refleja tácitamente todas las múltiples y delicadas bellezas que avaloran la obra del notable escritor, se ajusta con absoluta propiedad á la índole del trabajo que en este lugar ofreceremos semanalmente á nuestros lectores.

Con luz y á obscuras

I

Eran Petra y Luz dos cuerpos (por cierto muy retrecheros) y una sola alma... de cántaro.

Bonitas las dos, las dos de genio alegre, habíanse compenetrado de tal modo, que sus pensamientos y sus aficiones marchaban al *unísono*. Si Petra tenía una pena, Luz era el consuelo de Petra; y si Luz recibía una alegría, ambas la compartían en paz y en gracia de Dios... y á veces del Diablo: que más que aquél, andaba éste caballero en los asuntos de las dos.

Y como no tenían otro patrimonio que el de sus respectivos palmitos, hicieron de ellos un *modus vivendi*, todo lo poco legal que ustedes quieran, pero lo bastante productivo para vivir con desahogo y permitirse ciertos lujos y caprichos que en las mujeres, y sobre todo, en las mujeres pecadoras y hermosas, constituyen una segunda necesidad.

Cierto día en que las dos iban apuradillas de dinero, reunieron en consejo extraordinario con objeto de ver un medio de arbitrar recursos, fueren de la índole que fueren, y salieron de donde salieren.

Y acariciando ambas la idea salvadora, vistieron de un modo *atentatorio*, y risueñas y



satisfechas, se lanzaron por esas calles de Dios, abrasando corazones con sus miradas busconas é incendiarias, y despertando la mar de mares de deseos con el movimiento ondulante de aquellas caderas espléndidas y esculturales.

Poco tardó en aparecer el futuro salvador de la maltrecha hacienda de aquellos dos pimpollos. A corta distancia seguías un viejo simpático y elegante. Se llamaba don Hilarión, como el personaje de *La Verbena*, y ¡oh casualidad de las casualidades! también era boticario y rumboso nuestro personaje.

Petra y Luz advirtieron enseguida la persecución de que eran objeto, y se guiñaron el ojo izquierdo, como diciendo: «¡Ya tenemos caza!»

Y la tuvieron, en efecto.

Don Hilarión, codicioso é impaciente como buen viejo verde, se acercó á ellas, saludándolas, sombrero en mano, con la cortesía con que pudiera hacerlo el más refinado diplomático.

Ellas... se hicieron de rogar al principio, con bien estudiados remilgos, al objeto de incitar más al atrevido seductor y sacar mayor provecho de la mercancía. Luego, poco á poco y con mucha maestría, fueron dejándose querer; la conversación se iba endulzando por momentos, y, cuando la fruta estaba ya en sazón, Petra fingió un quehacer urgente, y se despidió.



Don Hilarión al verse, por fin, libre de testigos, enganchó su brazo izquierdo al derecho de Luz, y le dijo, susurrante y enamoradizo:

—¿Vamos, hija mía? Pero el caso es que no me he acordado de... Pero, en fin, se hará lo que se pueda.

Sus labios empezaban á temblar como si remedaran besos; sus ojos parecían dos arcos voltaicos de tres ó cuatro mil bujías.

Luz comprendió que aquel hombre estaba hecho un tórtolo en celo, y se lo llevó al nido...

II

El cuarto de Luz era un gabinetito pequeño, alegre, incitador: olía á esencias de rosas y á heliotropo. Se echaba de ver enseguida que su dueña había acumulado en él todas las exquisiteces de la coquetería, para convertirlo en santuario de la voluptuosidad.

—¿Te gusta mi nido?

—¡Mucho! Pero, hija mía, si quieres que te diga la verdad, me gusta más el pájaro...

Y cogiéndola de repente, quiso darle un beso en la nuca.

—No, no, tontín—dijo Luz.—Antes de nada á celebrar nuestro encuentro, á beber, á beber mucho...

Descorcharon una botella de *champagne* de seis pesetas, que ella tenía

preparada para estos casos, y empezó aquella especie de *Saturnal* burguesa.

Don Hilarión apuraba con delicia la copa que la blanca mano de Luz llevaba á su boca, siempre acompañada de alguna caricia ó de algún chiste rojo de la bella trigueña.

Cuando la botella había dado el último suspiro, sin que Luz probase apenas el espumoso líquido, nuestro buen boticario estaba ya dos ó tres puertas más arriba del purgatorio; es decir, casi en la portería de San Pedro.

Luz corría como una loca, dando vueltas á la cama, y el boticario la perseguía, gritando:

—¡Que te cojo... que te cojo!...

Luz dió una manotada á la palmatoria y la habitación quedó en sombras.

—¡Con luz y á obscuras!—dijo don Hilarión, riendo.

Estalló una sinfonía de besos y hubo luego una pausa breve. Don Hilarión juraba lamentándose amargamente de no se qué desgracia. Luz reía como una loca.

III

Amanece. Don Hilarión, sólo en medio de la calle, medio muerto de frío y tambaleándose como una barquichuela, filosofaba tristemente:

—Pues señor, ¡me he lucido! Mil pesetas menos y una irritación más. Después de todo, lo primero puede pasar; porque Luz es un *bocato di cardinale*. Pero lo segundo...

Hay que convencerse. Un hombre, á mi edad, no puede permitirse ciertas cosas sin haberse comido antes dos ó tres docenitas de ostras...

J. PASTOR RUBIRA



LUZ BELL



Luz Bell es una estrella de primera magnitud que brilla con resplandor intenso en el cielo del género *infimo*.

Desde muy joven, sintió afición desmedida por el arte, y se lanzó á él con todo el entusiasmo de un corazón juvenil, seducida por el cabrilleo deslumbrante de los trajes de luz.

A los catorce años debutó en Madrid en el teatro Japonés. La prensa toda le dedicó cariñosas y entusiásticas saluciones, augurándole rápida y brillante carrera. Para que su gloria fuera completa, en Septiembre del año 1903 obtuvo el primer premio en el concurso de tangos celebrado en el Nuevo Retiro. Este premio fué para Luz Bell la suprema coronación.

Luz Bell, además de su arte sugestivo, de su gracia picaresca, de su elegante y provocativa desenvoltura, tiene recursos y habilidades para todo.

Estudió siete años en el conservatorio de Madrid con tanto aprovechamiento, que obtuvo en casi todos los cursos las más altas calificaciones, y en alguno, premio de honor. Toca el piano con el refinamiento y el gusto de una verdadera concertista y

la guitarra con el sentimiento gitano con que pudiera tocarla la hija más castiza del barrio del Perchel. Canta y recita con más gracia que más de cuatro tiples que hacen furor.

La otra noche, fui á verla. Estaba en su cuarto, medio cubiertas sus carnes soberanas con un mar de encajes. Charlamos largo y tendido y luego...

—¿Por qué se dedicó usted al arte?

—Por afición. El escenario me seducía; los aplausos me arrastraban...

—¿Cuál es su mayor placer de artista?

—Dar gusto al público y que el público me lo dé á mí.

—¿Qué baile le gusta á usted más?

—El tango *dislocante*.

—Y ¿qué clase de canto?

—Los cuplets picarescos... ¡muy picarescos!

—¿Tiene usted predilección por algún traje de escena?

—Sí, señor; me gustan los trajes vaporosos; con muchas lentejuelas, mucha seda, mucho encaje y muchas gasas... De esos que deslumbran y marean.

—Y por la calle ¿cómo le gusta vestir?

—¡Elegantísima! Mis trajes predilectos son los de hechura de sastre, estilo modernista, muy ceñidos: de esos que deslindan los campos y marcan las líneas, ¿sabe usted?

—Vamos, sí; *atentatorios*; ¿no es eso?

—Justamente. ¡Ah! No se le olvide á usted decir que me gustan mucho las flores; sobre todo las camelias.

—¿Por que cambian de color?

—No se... pero es posible que sea por eso.

—¿Quiere usted contarme alguna anécdota de su vida de artista?

—¡Tiene una tantas...! Para ustedes los hombres, todo el monte es orégano. Mire usted: Yo conocí á un americano que me perseguía de muerte. Un día me pidió una cita en coche y yo se la concedí... pero con un testigo: venía conmigo mi criada. Después de un rato largo de conversación galante, el pobre hombre se puso malo y quiso darle un bocado á la fruta prohibida... ¡Mire usted si sería grande el bofetón que le dí, que mi criada, que se había dormido como una bendita, se despertó pidiendo socorro...!

Sonó un timbre. Luz Bell, arrogante y hermosa, mostrando la provocativa desnudez de sus pechos de nacar, me dijo:

—Voy á escena. ¡Fíjese mucho en el tango por que se lo dedico á usted...!

El primer tropiezo



—¿Cómo se llama usted?...?

—Robustiano Arechevalettiogorreitia y Zubiarrilaibarrend...

—Pero, ¡badajo! zeso es un apellido ó un abecedario?... Si se ha creído usted que en la milicia no tenemos otra cosa que hacer que escribir su nombre, desde hoy ya no se llamará usted así y atenderá usted por «Zopenco» á secas cuando se le llame.



Noche de baile

¿Conocían ustedes á Landelino, el dependiente mayor de la sedería de don Cosme? ¿No? Pues tengo el honor de presentárselo á ustedes: Landelino era el hortera más simpático del ramo de sedas; el más dicharachero del gremio, y el que más partido tenía entre las modistas y doncellas del distrito en que radicaba su establecimiento.

No había otro como Landelino para despachar una vara de cinta ó una madeja de seda. ¡Qué gracia para conquistar clientes! ¡Qué labia para hacer el artículo, dando gato por liebre, cosa muy corriente y admitida en el honrado comercio!

Entre las más asíduas parroquianas á la tienda de don Cosme, figuraba Etelvina, primera doncella de la señora duquesa de Valderrepollo. Etelvina iba todos los días á comprar alguna cosa, porque Landelino, que era la finura con mitones, la despachaba muy bien, y además la decía cosas que sonaban á música celeste en los oídos de la doncella. Verdad es que Etelvina era de lo poquito que se ha visto en clase de doncellas dedicadas al servicio doméstico, desde nuestra madre Eva hasta *Chelito*, ambas inclusive.

La continuada visita de Etelvina á la tienda y los fogosos requiebros de Landelino, dieron su natural resultado: ambos se enamoraron con amor tan puro y tan santo como el de Adán y Eva antes de darse el paradisíaco banquete, y previa una declaración en seguidillas, pues hay que advertir que el hortera tiraba para Homero, contestada con un ruboroso *lo pensaré*, los dos se juraron amor, eterno amor; no ante el *tricornio de un civil*, como los personajes de *La Diva*, sino ante un bistek con patatas y una ración de riñones salteados, en el café de San Isidro un domingo por la tarde.

Como á los veinte años, edad que tenían Etelvina y Landelino, el amor camina en tren expreso y á toda velocidad, los dos amantes, llevando al último límite su entusiasmo amoroso, llegaron á pensar en la conveniencia de casarse: él porque ya estaba harto del eterno bistek con patatas que á diario é indefectiblemente le daba para almorzar la esposa de don Cosme, y ella porque tenía vivos deseos de dejar de ser doncella de la señora duquesa de Valderrepollo.

* * *

Se acercaba el Carnaval, la fiesta en que el pícaro Lucifer hace provisión de pecadores para todo el año: los bailes de máscaras menudeaban como una bendición de Dios, y en ellos la juventud loca é inofensiva daba pasto á sus aficiones coreográficas.

Etelvina, que aunque doncella de casa grande no sabía lo que era un baile de máscaras, y sentía vehemencias de colegiala por sentir las diversas y encantadas emociones que en tales sitios se experimentan, significó á Landelino el deseo de que la llevase al que aquella noche se celebraba en la Zarzuela, con premios á la virtud y á la pareja que mejor bailase la habanera ceñida; y el enamorado horterá, que no deseaba otra cosa, accedió gustosísimo á la inocente demanda de su novia, prometiéndose de antemano una de esas noches que hacen época en la vida de un hombre.

Además, y esto era lo más interesante, Landelino contaba con el necesario metálico para el indispensable palco, la consiguiente cena y demás derivaciones ó consecuencias que la *juerga* pudiera tener.

* * *

A las doce en punto de la noche, Etelvina y Landelino hicieron su entrada en el baile. Ella iba disfrazada de *odalisca* y él de *pierrot*. El salón estaba brillantísimo, rebosando luz y alegría. Toda la gente de trueno y todo lo más selecto de la cursilería cortesana, se había dado cita en el amplio salón, dispuestos unos y otros á sacar todo el partido posible de la fiesta, una de las que más fomentan las gastralgas y contribuyen más eficazmente á la propagación de la especie. Las estadísticas de Noviembre lo acreditan.

Cuando llegó la hora del descanso, el salón quedó punto menos que desierto. El *amigú*, que en tales noches es una especie de Sierra Morena, se llenó de bote en bote; y los camareros iban y venían en todas direcciones llevando platos humeantes y apetitosos. El bullicio era ensordecedor, y las *bromas* menudeaban que era un placer, sobre todo á la hora de hacer efectivas las cuentas.

Etelvina y Landelino, como buenos enamorados, buscaron refugio en un solitario palco principal, donde libres de bromas pesadas y de miradas indiscretas, se hicieron servir la cena, que saborearon con verdadero deleite. Era la primera vez que ambos se veían solos en un sitio peligroso, y ambos estaban emocionadísimos. El caso no era para menos. Las mujeres saben cómo entran en un baile; pero ignoran cómo saldrán.

Las frecuentes libaciones del Rioja clarete que *amenizó* el guateque, no tardaron en surtir su efecto. A la natural cortedad que embargaba á los dos amantes durante los primeros platos, sucedió la más desenfrenada alegría y la confianza más absoluta; y á la hora de los postres, remojados con *champagne*, los frescos y rosados labios de la doncella habían sido profanados con más de un ósculo de esos que vienen á ser como el preludio de la más grata sinfonía del amor...

Etelvina y Landelino resolvieron, de común acuerdo, no volver al salón durante el resto de la noche, pues como ella no estaba acostumbrada á tales trotes, el ruido y el bullicio del baile la mareaban. Era mejor permanecer solitos en el palco...

* * *

Empezaba á amanecer, cuando Etelvina, sin haber tenido la elementel precaución de quitarse el disfraz, llegó á su casa.

La señora duquesa, hecha un tigre, como de costumbre, la esperaba, y apenas la atribulada Etelvina entró en sus habitaciones, la preguntó con acento acre y desabrido:

—¿Quién es usted?

—¿Yo?... Pues qué, ¿no me conoce la señora duquesa? ¡Soy la doncella!

—¿La doncella? ¡Mentira! ¡Usted habrá sido doncella, pero ya no lo es usted, porque desde este momento queda despedida de casa!...

MANUEL SORIANO



Un libro de Gómez Carrillo

Acaba de publicarse una obra del notable escritor Enrique Gómez Carrillo, titulada *Entre encajes*; el



título del libro en cuestión, con ser muy sugestivo, lo es menos que la elegante literatura de sus páginas, donde Gómez Carrillo ha puesto lo mejor y más delicado de su personalidad de escritor; si con esto no bastara para juzgar su mérito basta decir que, apenas lanzado el libro al público, se han hecho ya traducciones al francés y al alemán, es decir, al idioma de las dos naciones más cultas de Europa, que es el mejor elogio que se puede hacer de una obra. Esta, primorosa y artísticamente editada, se vende al precio de dos pesetas, cantidad insignificante en sumo grado, si se tiene en cuenta el esquisito gusto con que ha sido presentado el libro.

Con el fin de que nuestros lectores puedan apreciar su refinada labor, reproducimos lo que sigue, tomado al azar.

Una extraña Salomé

Le veo tal como apareció aquella tarde de nuestro primer encuentro. Le veo sonreír con su sonrisa bonachona, enseñando inmensos dientes, negros, incrustados de oro. Le oigo hablar. Su voz velada, su voz blanca, sin matices, unícorde y armoniosamente monótona, salmodia, en la sombra, estrofas de poemas, ¡Y son poemas en honor de Salomé! Son, en prosa suntuosa, poemas de Flaubert, períodos que se desenvuelven como brocados cubiertos de pedrerías; son poemas de divinos versos nevulosos de Mallarmé, de versos opacos y lucientes como collares de piedras de luna; son poemas ligeros y perversos de Lorrain.

En aquella época el maestro inglés estaba ya obsesionado por la imagen de la bailadora sangui-naria.

—¿Usted viene de Madrid?—me dijo.—Yo querría ir a España sólo por ver, en el Museo del Prado, la Salomé del Ticiano, cuadro, ante el cual, Tintoretto exclamó: «Este hombre pinta con carne molida...» Usted lo habrá visto... La sobrina de Herodes se yergue, después del triunfo, llevando en una fuente de plata la cabeza del Precursor. ¡Y la Salomé de Stanzioni!... ¡Y la de Alejandro Véronese!... ¡El Prado está lleno de Salomé!...

Luego no dejó un solo día de hablarme de Salomé. Las mujeres que pasaban por el *bulevar*, le parecían princesas israelitas. En la *rue de la Paix*, ante las vidrieras de los joyeros, deteníase, largas horas para componer aderezos ideales y adornar con ellos el cuerpo de su ídolo. Las telas que en la Avenida de la Ópera ostentan sus esplendores en los escaparates, antojábansele tejidas para cubrir el pecho de la sobrina de Herodes.

Una tarde, de pronto, en medio de la calle, después de un largo silencio, me preguntó:

—¿No le parece á usted que estaría mejor desnuda?

En el acto adiviné que se trataba de *ella*; de Salomé.

—Sí—continuó,—enteramente desnuda; pero con muchas joyas, con pesados y sonoros sartales de gemas omní cromas en los tobillos, en los brazos, en el cuello, en la cintura, haciendo con sus reflejos penetrantes, más obscena aún la obscenidad infinita de la carne de ámbar... Porque yo no con-

cibo a Salomé inconsciente, sirviendo de mudo instrumento. ¡No! Sus labios, en el cuadro de Leonardo de Vinci, hacen ver la crueldad terrible de su alma. Es necesario que su lujuria sea infinita y su perversidad sin límites.

¡Salomé desnuda!

Un pintor alemán había de realizar más tarde este ensueño de mi amigo: el muniqués Karl Strathmann.

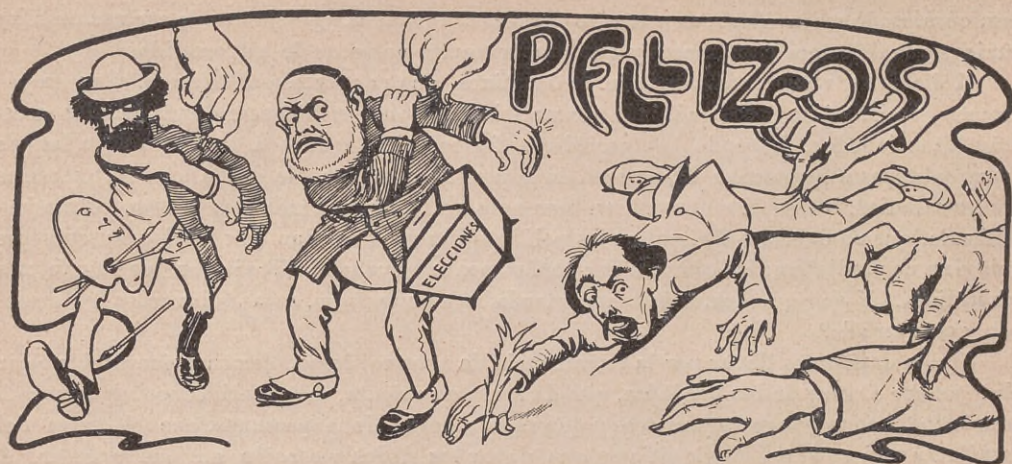
Desnuda en medio de la sala del festín, alza, entre sus brazos virginales, la cabeza cortada y la contempla largamente amorosamente. A su alrededor, todo calla. Hay, además del misterio trágico, un secreto pasional en el aire. Las alas de la voluptuosidad sacuden febriles el éter. Y en los ojos que la rodean, en los ojos espantados del tetrarca, en los ojos felinos de Herodías, en los ojos brutales del gran sacerdote, en los ojos fríos del verdugo, una llama de curiosidad perversa se enciende, poco á poco, á medida que Salomé contempla el rostro muerto. ¡Ah! No, ésta no es la niña ingenua de la Biblia; ni la ejecutora ciega de venganzas ajenas, que los poemas antiguos nos presentan; ni la flor venérea de los cuadros clásicos. Esta es la Salomé de Wilde. Y desde aquí la oigo que dice, hablando á la cabeza sangrienta: «Me trataste de ramera... y, sin embargo, yo vivo todavía, y tú ya no... ¡Y tú, que no quisiste darme tus labios, me das ahora tu cerviz!... ¡Ah! ¡Juan, Juan!... Has sido el único hombre á quien he amado... Excepto tú, todos los hombres me inspiran desprecio. Tú eras el único, tú, estatua de máfil coronada de sombra; tú, el divino Yo'kanaan... ¡Si me hubieras amado! Y de seguro, me habrías amado, si hubieras podido contemplar, en el fondo de mi ser, los misterios de mi alma; porque los arcanos del amor son más fuertes que los arcanos de la muerte, y más poderosos que los arcanos de la fe!—Sí; la oigo recitar las estrofas del poeta. ¡Es ella! Es la Salomé consciente; la que mató para saciar su sed de venganza, la virgen loca y sanguinaria.

—Tengo la misma enfermedad que Des Esseintes—solía decir Wilde.

Y era cierto.

Lo mismo que el héroe de *A Rebour*s, el gran poeta inglés buscaba, sin hallarla, la verdadera Salomé que se pierde «misteriosa y pasmada entre la niebla lejana de los siglos». La Salomé de Rubens parecíale «una maritornes apoplética». La de Leonardo se le antojaba demasiado incorpórea, demasiado fría. Y las otras—(la de Alberto Dürero, la de Piazzza, la de Ghirlandajo, la de Van Thulden, la de Le Clerc) tampoco le satisfacían por completo. En cuanto á la célebre *Salomé* de Regnault, considerábala, lo mismo que Paul de Saint Victor, como «una gitana que tuviese un cutis de inglesa». Sólo el cuadro de Gustave Moreau encarnaba, á su entender, el alma de la princesa legendaria, de la divina Herodiades. ¡Cuántas veces nos repitió, á todos sus amigos, las frases célebres de Huysmans! «Casi está desnuda. En el ardor de la danza, los velos se han deshecho, los brocados han caído, y sólo las joyas cubren su carne. Un ligero cosetele le estrecha la cintura; y un dije soberbio resplandece, cual un lucero, entre sus senos. Más abajo, un collar de granates le estrecha las caderas. Sobre su sexo brillan dos esmeraldas.» Esta descripción parecíale perfecta. La obra del pintor era, para él, una de las maravillas del mundo, y le impresionó de tal modo, que, más tarde—cinco años más tarde,—cuando después de ser el niño mimado de la gloria londinense, pagaba en una cárcel de Wormswod Scrubs su «crimen de inmoralidad», en las horas de insomnio y de fiebre, repetía inconscientemente: «... un dije soberbio resplandece, cual un lucero, entre sus senos... Sobre su sexo brillan dos esmeraldas...»

G. C.



Cuatro palabras... y pico

Si hacemos excepción de los políticos con hambre de mando, no hay nadie que mienta tanto al prometer como los periódicos con gana de suscriptores; y si dejamos á un lado á los infelices papanatas que creen en promesas de políticos, no hay nadie tan majadero como los bobalicones que creen en programas de periódicos novatos.

Por lo que á los políticos embusteros y olvidadizos se refiere, no queremos apuntar nombres ni citar ejemplos, para no tener que borrar por fuerza lo que por gusto escribiéramos, y porque estamos seguros que el público nos dará la razón en este punto, sin más palabras y sin otras probaturas

Nosotros no somos políticos, ni tiramos para jefes de gobierno, ni queremos mandar á nadie (y bien sabe Dios que nada es tan fácil como manejar rebaños, en país en que abundan los borregos); no aspiramos á nada de esto, y aunque tenemos periódico, nos hemos abstenido de redactar nuestro programa.

Nos reservamos prometer nada, porque estando nuestros propósitos inspirados en el célebre *doy para que dës*, aflojaremos la mano en tanto el público vaya aflojando los cuartos, que no hemos de ser nosotros menos que los cómicos y los payasos, que, por medianos que sean, cobran en buena moneda todas sus comiquerías y todas sus payasadas.

Ya ve el público que le hablamos con franqueza, cosa poco frecuente en los periódicos al uso.

Lector, discúlpala, si quieres, y si no has de disculparla, no nos leas, porque la pluma que para adularte teníamos, la hemos quebrado al recordar con rara oportunidad los siguientes versos de Zorrilla:

«¿A qué dar á quien lee, nombres bonitos,
»y fingirle amistad y hacerle honores
»que no han de mejorar nuestros escritos?
»—*Carísimo lector*—esto es mentira;
»el autor casi nunca le conoce,
»y maldito el cariño que le inspira,
»ni se le importa de que rabie ó goce.»

*
**

Pero no divaguemos, y, ante todo, digamos por qué abrimos esta sección.

Aquí donde no hay doctor sin panacea, boticario sin específico, sacamuelas callejero

sin cúralotodo maravilloso, ni comadre sin recetita casera, ¿habíamos de ser nosotros los únicos que diésemos en sensatos y que procurásemos no pecar de entrometidos?

A diario se nos ocurre un sinfin de desatinos, que por serlos calláramos, si no creyéramos que habrá no pocos que, más por malicia suya que por travesura nuestra, los crearán intencionados. Leyendo los periódicos formales viénennos á la punta de la lengua muy sabrosos comentarios; de la gente de letras sabemos cosas de gusto, que no queremos tener calladas; los cómicos que cobran bien para trabajar muy mal, nos causan enfado justificado, que no debemos disimular; los políticos funestos nos dan miedo; los autores que plagian nos indignan; los cómicos que copian nos sublevan; los dibujantes que calcan nos fastidian... Y ¿por qué hemos de tener guardados este fastidio, esta indignación, este miedo y este enfado?

Si nos dejáramos llevar por la impaciencia de nuestro deseo, comenzaríamos á volcar hoy mismo el saco de las verdades, que de repleto revienta, mas contiénnenos el temor de que se nos tenga por murmuradores y que se nos moteje de inoportunos, que el toque del *pellizcar* está en saber elegir sitio en que clavar los dedos y ocasión en que apretar. A fuer de buenos pellizcadores y de malos literatos, hemos remendado una frase agena para hacernos de ella otra que parezca propia, que tomamos por divisa: *los pellizcos, retorcidos, o no darlos.*

*
* * *

Antójasenos que viene aquí como de molde decir por qué á esta sección del periódico la hemos llamado PELLIZCOS.

Ajustándonos al propósito que desde el primer momento tuvimos de dedicarnos aquí á molestar al prójimo que lo merezca, pudimos elegir entre los capirotaños, los capones, los pisotones y los pellizcos, cosas todas que hacen daño y no hacen sangre.

Desechamos desde luego los capirotaños, que tienen más de caricia que de golpe; los pisotones fueron despreciados por groseros, y menos aun pensamos en titular esta sección capones, temerosos de que fueran muchos los que, juzgándonos sin querer ó sin saber leernos, cosa que es aquí corriente, y dando torcida interpretación á la palabra, creyeran que destinábamos esta parte del periódico á la monótona relación de nombres de los diez y ocho millones de españoles que sufren pacientemente cosas y hombres que no son para sufridos.

Otra razón había para desechar pisotones y capones: que los primeros habían de darse en los pies y los segundos en la cabeza, y no es cosa averiguada que tengan pies y cabeza todas las gentes, ni todas las cosas que han de ser blanco de nuestras bromas.

Digamos para concluir que nuestro único deseo, y el premio sólo á que aspiramos, es que la paciencia de los que quieran leernos sea tan grande como nuestro propósito de complacerlos y que su favor nos dure mientras no falten motivos para ir pellizcando á escritores ignorantes, músicos chirles, cómicos fátuos y políticos explotadores.

Tanto valdría pedir una protección tan grande como el orgullo de un literato, que es la cosa más grande de que se tiene noticia.

IMP. DE LUIS CLAVERO, CORTES, 550.—BARCELONA

Dirigir la correspondencia al Administrador de «Cosquillas y Pellizcos».—Barcelona.

ALREDEDOR DEL AMOR

(ANÉCDOTAS Y CURIOSIDADES)

La primavera

Juventud del año la llaman los poetas; fuente de amor la llamaremos nosotros.

Cuando el cielo se aclara y alegra, libre de las nubes invernales; cuando las flores en treabren sus tiernos y olorosos capullos, como bocas vírgenes que presienten el primer beso; cuando la tierra activa su obra generadora y los pájaros empiezan á buscar sitio donde hacer sus nidos, el espíritu del hombre se llena de un intenso regocijo, su sangre hierve presurosa y sus ojos miran en derredor buscando también árbol donde hacer nido.

La Naturaleza no ha querido excluirnos de ese inmenso concierto de amor, y así, la primera brisa primaveral, al animarnos y alegrarnos en lo físico, nos inspira en lo espiritual ideas de asociación, de coyunda, de procreación, como se las debe inspirar á las flores, á la tierra, á los pájaros, á la misma atmósfera que tiene algo del calor de una infinita incubadora.

Amamos en la primavera porque es ley que imitemos á la Naturaleza, porque cuando todo ama, cuando se respira en el aire el pólen fecundador que flota en todas direcciones, fueran una excepción triste la indiferencia y la esterilidad.

La Naturaleza no quiere excepciones; quiere que todo ame, para que la existencia de cada ser y de cada planta no sea inútil á los demás. Nos debemos á la eterna multiplicación, y es imposible sustraerse á ese deber sagrado mientras la sangre corra impetuosa por la venas y el espíritu saboree la inmensa alegría de vivir.

Por eso es la primavera fuente de amor; porque al suspirar por primera vez en los bosques parece que fustiga dulcemente, que enardece y provoca el deseo de amar, de perpetuar el mundo en un inacabable y fecundo espasmo de gozo. Para vivir hay que amar, y cuando se ama se saborea la vida.

La careta

El invento de la careta se atribuye á los griegos, y empezó usándose en el teatro para cubrirse el rostro los actores, dándoles el aspecto de héroes ó de dioses.

La usaron más tarde los romanos en las ceremonias fúnebres. Un individuo á quien se llamaba Archimimo cubríase el rostro con una careta que era un retrato del difunto, cuyos actos, lo mismo buenos que malos, entreteníase en reproducir aquel macabro comediante. Durante la Edad Media, época en que se construyeron las principales catedrales del mundo, estuvieron muy en boga las caretas artísticas, y para formar idea de ellas, basta pasar la vista por las caras y figuras, cómicas unas, monstruosas otras, en piedra y en madera, que decoran los pórticos de las iglesias, los capiteles de los claustros y las sillarías de los coros.

Esas mismas esculturas nos hacen presumir cuán horribles debían ser las caretas en aquel tiempo, en que tan grande afición había á lo macabro y espeluznante. Sin duda por eso, un Sínodo que hubo en Rouen el siglo xv, prohibió por completo al pueblo el uso de las caretas.

Vino una época después en que únicamente la usaron los nobles, dándose el caso de que en Francia, el año 1626, el Parlamento de Tolosa sentenció á muerte á dos campesinos por el sólo delito de haberse disfrazado de ermitaños durante un Carnaval.

Caretas eran también, pero lúgubres y antipáticas, los antifaces con que se cubrían el rostro los inquisidores y los verdugos.

Las caretas modernas son alegres, y consisten muchas en graciosas caricaturas de hombres políticos. En Inglaterra, un pintor llamado Weldon Haw-Kins, ha empezado á pintar caretas que son verdaderas obras de arte.

La relación que existe entre la careta y el amor es de todos demasiado conocida para que tratemos de descubrirla ahora.

Durante el Carnaval, pues no se usan en otra época del año, hay careta que es todo un bebedizo para el hombre que va tras de ella. Lo malo es que detrás de ella suele haber rostros que tiran de espaldas.

Esto hace que nos fijemos en el siguiente detalle: los hombres se enamoran generalmente de una máscara por los ojos. Luego si la máscara resulta después fea, quedará probado que los ojos de las mujeres, aislándolos del resto de la fisonomía, son siempre bonitos y atrayentes.



—¡Juraría que yo he visto esta cara en alguna parte!